

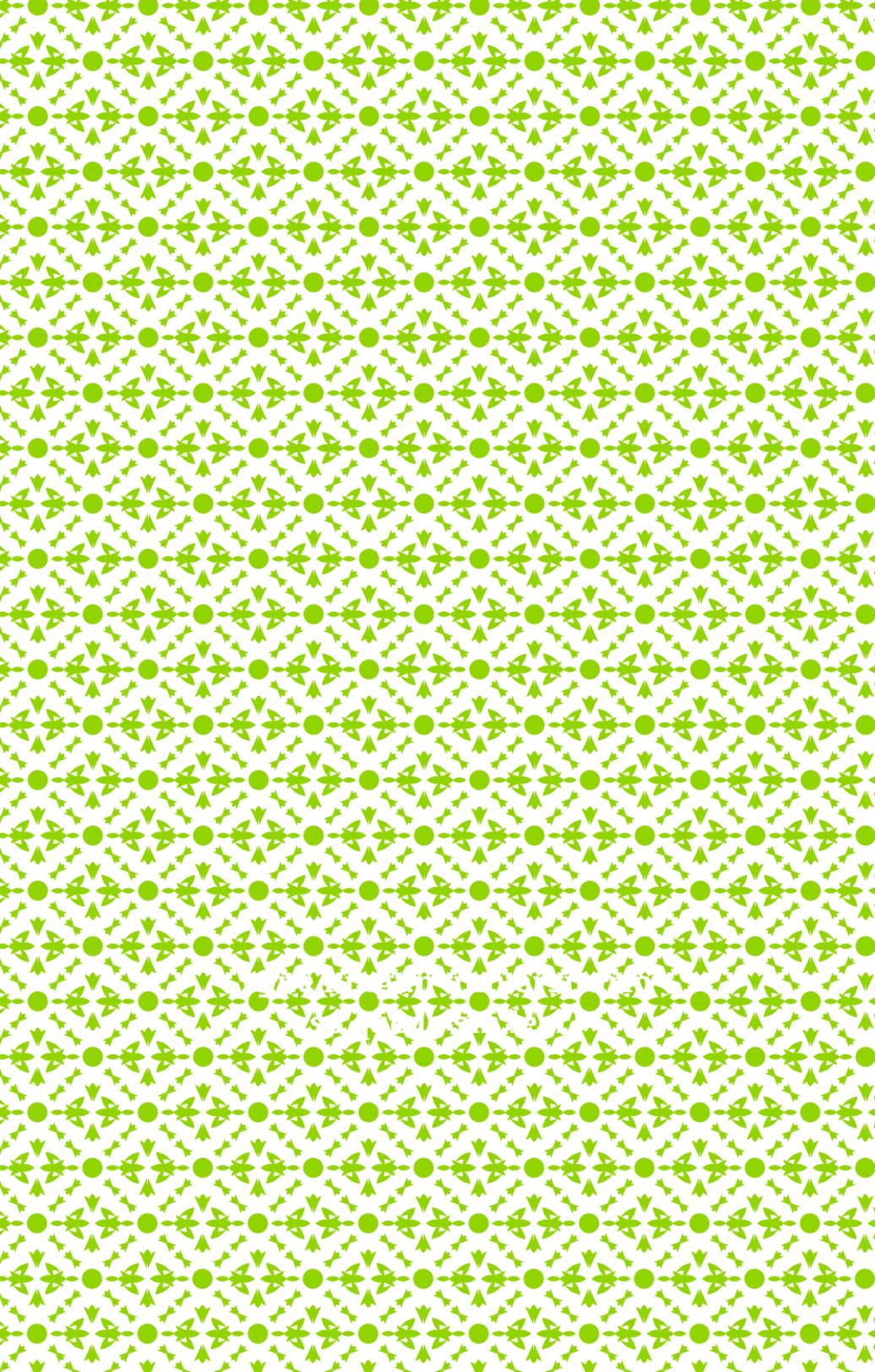
COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

Los viajes de Gulliver

Jonathan Swift



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Los viajes de Gulliver



Jonathan Swift

COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

Los viajes de Gulliver

Jonathan Swift



Universidad
de Guadalajara





Miguel Ángel Navarro Navarro
Rectoría General

Carmen Enedina Rodríguez Armenta
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2018

Director de la colección
Fernando del Paso Morante

Coordinadora de la colección
Carmen Villoro Ruiz

Autor
Jonathan Swift

Prólogo
Alfredo Tomás Ortega Ojeda

D.R. © 2018, Universidad de Guadalajara



EDITORIAL
UNIVERSITARIA

Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Octubre de 2018

ISBN 978-607-547-245-4

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Hecho en México
Made in Mexico

Estimado lector:

La lectura es una actividad esencial para la transformación de los seres humanos; constituye la base del aprendizaje, la comunicación, la imaginación y la inteligencia, determinantes para el desarrollo intelectual y emocional.

Leer nos permite conocer el mundo, enriquecer el espíritu y recrear nuestras experiencias. Leer nos constituye como individuos libres, capaces de ejercer nuestros derechos y cumplir con nuestras obligaciones. Leer nos ayuda a resolver problemas. Leer es pensar.

Leer es descubrir otros mundos, universos desconocidos que abren nuevas puertas; leer es conocer las experiencias, las emociones y los pensamientos de otras personas. Leer es un privilegio.

Prácticamente todos los niveles escolares y todas las ocupaciones laborales requieren de habilidades lectoras. Ser un lector funcional demanda comprender los documentos y las leyes que regulan nuestro comportamiento en sociedad. La lectura propicia la formación de ciudadanos informados, críticos e independientes y los convierte en agentes de cambio.

El Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar, de la Universidad de Guadalajara, tiene el objetivo de poner a disposición de niños y jó-

venes de distintos niveles educativos, dentro y fuera de las instalaciones universitarias, obras que motiven su entusiasmo por la lectura y promuevan el desarrollo de su competencia lectora.

Letras para Volar es el resultado del trabajo y la generosidad de un gran equipo de académicos, autores e ilustradores. Va para ellos nuestro agradecimiento por esta contribución.

Miguel Ángel Navarro Navarro
Rector General

Índice

9	Prólogo
13	Parte 1
	Un viaje a Lilliput
15	Capítulo 1
29	Capítulo 2
33	Capítulo 3
38	Capítulo 4
44	Capítulo 5
51	Capítulo 6
61	Parte 2
	Un viaje a Brobdingnag
63	Capítulo 1

Prólogo

ALFREDO T. ORTEGA

Lemuel Gulliver, oficial médico naval, nacido en Nottinghamshire, cuya formación estuvo bajo la tutoría del prestigiado cirujano londinense James Bates, y quien se casó con la señorita Mary Burton, zarpó del puerto de Bristol el 4 de mayo de 1699, a bordo del *Antelope*, capitaneado por William Pritchard, con rumbo a las Indias Orientales. Después de algunos meses de navegación, y no pocas contingencias, el 5 de noviembre, el barco encalló y Gulliver logró salvarse con otros tripulantes en un bote, el cual fue volcado por el fuerte viento, y nuestro héroe, nadando a la deriva en la tormenta, finalmente tocó tierra por la noche, y caminó sin encontrar señales de presencia humana, hasta que el cansancio lo venció y se desplomó sobre la hierba, quedándose dormido de inmediato.

Estas aventuras, que son similares a las de muchos naufragos ingleses del siglo XVIII, época en que Inglaterra era la primera potencia naval del planeta, no serían particularmente relevantes, si no fuera porque la fortuna, buena o mala, de Gulliver lo llevó hasta ese país desconocido, nombrado Lilliput, donde la estatura de sus habitantes difícilmente pasaba de los quince centímetros.

El creador de esta historia, Jonathan Swift, nació en Dublín, Irlanda, el 30 de noviembre de 1667. Hijo de padre inglés y madre irlandesa, vivió un permanente sentimiento de exilio en su propia tierra natal. Estudió en el Trinity College, y consiguió empleo como secretario de Sir William Temple, quien lo invitó a Surrey, Inglaterra, e incluso lo presentó con el rey Guillermo III. Pero su espíritu inquieto lo llevó en 1694 de regreso a Irlanda, donde ingresó a la comunidad eclesiástica, y con el tiempo llegaría a ser decano de la Catedral de San Patricio. Por nada de esto sería tan conocido Jonathan Swift como lo ha sido por sus agudos escritos políticos, por los que obtuvo importantes enemistades y, de manera particular, por sus obras literarias, consideradas como una aguda crítica hacia la sociedad inglesa de su tiempo. La más famosa de ellas fue titulada, en su primera edición, como *Viajes a varias remotas naciones del mundo por el médico y capitán de marina Lemuel Gulliver*, dividida en cuatro partes, pero con el tiempo y la popularidad terminó siendo conocida como *Los viajes de Gulliver*, por ser su protagonista Lemuel Gulliver, personaje ficticio que inicia sus travesías como oficial médico naval y más tarde como capitán de navío, profesión muy anhelada entre los ingleses de la época, y que ha dado grandes personajes a lo largo de la historia y de las letras.

La vida de Jonathan Swift es por sí misma una novela, pero las aventuras de su personaje principal,

Gulliver, superan las imaginaciones más extravagantes. Entre los incontables estudiosos que se han dedicado a analizar la vida y obra de Swift, se suele mencionar que *Los viajes de Gulliver* nacieron con una intención de satirizar al ya entonces famoso *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe, autor al cual Swift profesaba una profunda aversión. Pero más allá de la polémica que la vida política de Swift agudizaba, la profundidad de su obra literaria le ha ganado un lugar indisputable en la literatura universal.

Tras haber naufragado en las costas de la isla de Lilliput, y ser apresado por sus diminutos e inteligentes habitantes, Lemuel Gulliver logra ganarse la voluntad del soberano, es liberado de su encierro y se le permite conocer Mildendo, la capital del país, que para él es como una ciudad de juguete. En otro capítulo, nuestro héroe termina por ganarse poderosas enemistades entre la nobleza, y aquí es fácil advertir grandes similitudes con la vida política de su autor. Advertido de que va a ser acusado de alta traición, Gulliver termina escapando y, finalmente, regresa a su natal Inglaterra, donde lo reciben felices su mujer y sus hijos. Pero el espíritu inquieto de Lemuel Gulliver lo llevará en poco tiempo a embarcarse en una nueva aventura por los mares.

En el presente volumen, además del viaje a Lilliput, que en la literatura infantil se ha popularizado como *Gulliver en el país de los enanos*, nuestros lectores podrán disfrutar de su segundo viaje a países ignotos en los mares de Oriente, durante el cual llega a la nación de

Brobdingnag, país habitado por gigantes, que lo adoptan como a una curiosa mascota.

Esperamos que esta primera aproximación a los singulares viajes de Gulliver —que consta de una minuciosa selección extraída de los dos primeros viajes— despierte en los jóvenes lectores su curiosidad innata, y los lleve a conocer las hazañas de sus posteriores viajes, como su llegada a países tan extraños como Laputa, Balnibarbi, Luggnagg, Glubbdubdrib y el Japón. Y tal vez, al más importante para la vida y las creencias de Gulliver: el país de los Houyhnhnms, habitado por caballos inteligentes y civilizados, que tienen la desdicha de convivir con los yahoos, humanoides salvajes y de agudizada barbarie, muy semejantes a la especie humana, para la cual Gulliver termina por padecer una profunda aversión, que le complica la vida al volver por última y definitiva ocasión a Inglaterra.



Parte 1

Un viaje a Lilliput



Capítulo 1

El autor da referencias de sí, de su familia y de sus inclinaciones a viajar. Naufraga, se salva nadando y toca tierra en el país de Lilliput, donde lo vuelven prisionero...

Mi padre tenía una pequeña hacienda en Nottinghamshire. De cinco hijos, yo era el tercero. Me mandó al Colegio Emanuel, de Cambridge, teniendo yo catorce años, y allí residí tres, seriamente aplicado en mis estudios; pero mi manutención, aun siendo de una pensión muy corta, representaba una carga demasiado grande para la reducida fortuna de mi familia, así que entré de aprendiz con el señor James Bates, un eminente cirujano de Londres, con quien estuve cuatro años, y con pequeñas cantidades que mi padre me enviaba de vez en cuando, fui aprendiendo navegación y matemáticas, muy útiles para quien ha de viajar, pues siempre creí que, más tarde o más temprano, ésta sería mi suerte. Cuando dejé al señor Bates, volví al lado de mi padre; allí, con su ayuda, la de mi tío Juan y la de algún otro pariente, conseguí cuarenta libras y la promesa de treinta más por año para mi manutención en Leida. En este último punto estudié física por dos años y siete meses, seguro de que me sería útil en largas travesías.

Poco después de mi regreso de Leida, por recomendación de mi buen maestro Bates, me alisté como médico en el *Swallow*, barco enviado por el capitán Abraham Panell, con quien en tres años y medio hice un viaje o dos a oriente y a otros puntos. Al volver, decidí establecerme en Londres, propósito al que me animó el señor Bates, por quien fui recomendado a algunos clientes. Alquilé parte de una casa pequeña en Old Jewry y, como me aconsejaron tomar estado, me casé con la señorita Mary Burton, hija segunda de Edmund Burton, un vendedor de medias de Newgate Street y como dote recibí cuatrocientas libras.

Pero como mi buen maestro Bates murió dos años después y yo tenía pocos amigos, empezó a decaer mi negocio, porque mi conciencia me impedía imitar la mala práctica de tantos y tantos entre mis colegas. Así, consulté con mi mujer y con algún amigo y determiné irme al mar. Fui médico sucesivamente en dos barcos y durante seis años hice varios viajes a las Indias Orientales y Occidentales, lo cual me permitió aumentar un poco mi fortuna. Empleaba mis horas de ocio en leer a los mejores autores antiguos y modernos, y a este propósito siempre llevaba buen repuesto de libros conmigo; cuando desembarcábamos observaba las costumbres e inclinaciones de los naturales, así como en aprender su lengua, para lo que me daba gran facilidad la firmeza de mi memoria.

El último de estos viajes no fue muy afortunado; me aburrí del mar y quise quedarme en casa con mi mujer y demás familia. Me trasladé de Old Jewry a Fatter Lane y de ahí a Wapping, con la esperanza de encontrar clientela entre los marineros, pero no me salieron las cuentas. Llevaba tres años de aguardar que cambiaran las cosas, cuando acepté un ventajoso ofrecimiento de William Pritchard, capitán del *Antelope*, que iba a emprender un viaje al mar del sur. Nos hicimos a la mar en Bristol el 4 de mayo de 1699 y la travesía al principio fue muy próspera.

No sería oportuno, por varias razones, molestar al lector con los detalles de nuestras aventuras en aquellas aguas. Basta con decirle que, en la travesía a las Indias Orientales, fuimos arrojados por una violenta tempestad al noroeste de la tierra de Van Diemen. Al parecer, nos encontrábamos a treinta grados, dos minutos de latitud sur. De nuestra tripulación murieron doce hombres, a causa del trabajo excesivo y la mala alimentación, y el resto se encontraba en situación deplorable. El 15 de noviembre, que es el principio del verano en aquellas regiones, los marineros divisaron entre la espesa niebla que reinaba una roca a obra de medio cable de distancia del barco, pero el viento era tan fuerte que no pudimos evitar que nos arrastrara y estrellara contra ella. Seis tripulantes, yo entre ellos, que habíamos lanzado el bote a la mar, maniobramos para apartarnos del barco y de la roca. Remamos, según mi cálculo, unas tres leguas,

hasta que nos fue imposible seguir, exhaustos como estábamos ya por el esfuerzo sostenido mientras estuvimos en el barco. Así que nos entregamos a merced de las olas, y al cabo de una media hora una violenta ráfaga del norte volcó la barca. Lo que fuera de mis compañeros del bote, como de aquellos que se salvaron en la roca o de los que quedaron en el buque, nada puedo decir; pero supongo que perecieron todos. En cuanto a mí, nadé a la ventura, empujado por viento y marea. A menudo alargaba las piernas hacia abajo, sin encontrar fondo; pero cuando estaba casi agotado y me era imposible luchar más, toqué la arena. Para entonces la tormenta había amainado.

El declive era tan pequeño que caminé cerca de una milla para llegar a la playa, lo que conseguí, según mi cuenta, a eso de las ocho de la noche. Avancé después tierra adentro cerca de media milla, sin descubrir señal alguna de casas ni habitantes; en caso de haberlos, yo estaba en tan miserable condición que no podía advertirlo. Me encontraba cansado en extremo, y con esto, más lo caluroso del tiempo y la media pinta de aguardiente que me había bebido al abandonar el barco, sentí que me ganaba el sueño. Me tendí en la hierba, que era muy corta y suave, y dormí más profundamente de lo que recordaba haber dormido en mi vida, y lo hice durante unas nueve horas, según pude ver; pues al despertarme, amanecía. Intenté levantarme, pero no pude moverme; me había echado de espaldas y me encontraba

los brazos y las piernas fuertemente amarrados a ambos lados del terreno, y mi cabello, largo y fuerte, atado del mismo modo. Asimismo, sentía varias delgadas ligaduras que me cruzaban el cuerpo desde debajo de los brazos hasta los muslos. Sólo podía mirar hacia arriba; el sol empezaba a calentar y su luz me lastimaba los ojos. Oía a mi alrededor un ruido confuso; pero la postura en que yacía solamente me dejaba ver el cielo. Al poco tiempo sentí moverse sobre mi pierna izquierda algo vivo que, avanzando lentamente, caminó sobre el pecho y me llegó casi hasta la barbilla; forzando la mirada hacia abajo cuanto pude, advertí que se trataba de una criatura humana cuya altura no llegaba a seis pulgadas, con arco y flecha en las manos. En tanto, sentí que, por lo menos cuarenta de la misma especie, según mis conjeturas, seguían al primero. Estaba yo en extremo asombrado y rugí tan fuerte que todos huyeron con terror; algunos, según me dijeron después, resultaron heridos por las caídas que sufrieron al saltar de mis costados a la arena. No obstante, volvieron pronto, y uno de ellos se arriesgó hasta el punto de mirarme de lleno a la cara, levantando los brazos y los ojos con extremos de admiración, exclamó con una voz chillona, aunque bien distinta: «Hekinah degul». Los demás repitieron las mismas palabras varias veces; pero yo aún no sabía lo que querían decir. Finalmente, luchando por liberarme, tuve la fortuna de romper los cordeles y arrancar las estaquillas que me sujetaban el brazo izquierdo a tierra

—pues llevándomelo sobre la cara descubrí la autoridad de la que se habían valido para atarme—, y al mismo tiempo, con un fuerte tirón que me produjo grandes dolores, aflojé algo las cuerditas que me sujetaban los cabellos por el lado izquierdo, de modo que pude volver la cabeza unas dos pulgadas. Pero aquellas criaturas huyeron otra vez antes de que yo pudiera atraparlas.

Tras esto, se produjo un enorme vocerío en tono agudísimo y cuando hubo cesado, oí que uno gritaba con gran fuerza: «Tolpo phonac». Al instante, sentí más de cien flechas descargadas contra mi mano izquierda, que me pinchaban como agujas; y, además, hicieron otra descarga al aire, al modo en que en Europa lanzamos por elevación las bombas, de la cual muchas flechas me cayeron sobre el cuerpo y algunas en la cara, así que me apresuré a cubrirme con la mano izquierda. Cuando pasó esa lluvia de flechas oí lamentos de aflicción y sentimiento; yo seguía haciendo nuevos esfuerzos por desatarme, cuando me largaron otra ráfaga mayor que la primera, y otros, armados de lanzas, intentaron pincharme en los costados. Por fortuna, llevaba un chaleco de ante que no pudieron atravesar.

Juzgué más prudente estar quieto y acostado; era mi designio permanecer así hasta la noche, cuando, con la mano izquierda ya desatada, podría liberarme fácilmente. En cuanto a los habitantes, tenía razones para creer que yo sería suficiente adversario para el mayor ejército que pudieran arrojar sobre mí, si todos ellos

eran del tamaño de los que yo había visto. Pero la suerte dispuso de mí en otro modo. Cuando la gente observó que estaba quieto, ya no disparó más; pero por el ruido que oía, supe que la multitud había aumentado, y a unas cuatro yardas de mí, hacia mi oreja derecha, oí por más de una hora un golpeteo como de gente que trabajaba. Volviendo la cabeza en esta dirección cuanto me lo permitían las estaquillas y las cuerdas, vi un tablado que levantaba de la tierra cosa de pie y medio, capaz para sostener a cuatro de los naturales, con dos o tres escaleras de mano para subir; desde allí, uno de ellos, que parecía persona de calidad, pronunció un largo discurso, del que yo no comprendí una sílaba.

Olvidaba consignar que esta persona principal, antes de comenzar su oración, exclamó tres veces: «Langro dehul san». Después, unos cincuenta moradores llegaron a mí y cortaron las cuerdas que me sujetaban el lado izquierdo de la cabeza, gracias a lo cual pude girar a la derecha y observar la persona y el ademán del que iba a hablar. Parecía de mediana edad y más alto que cualquiera de los otros tres que lo acompañaban, de los cuales uno era un paje que le sostenía la cola, y aparentaba ser algo mayor que mi dedo medio, y los otros dos estaban de pie, uno a cada lado, dándole asistencia. Era un consumado orador y pude distinguir en su discurso muchos periodos de amenaza y otros de promesas, piedad y cortesía. Yo contesté en pocas palabras, pero del modo más sumiso, alzando la mano izquierda, y los

ojos hacia el sol, como quien lo pone por testigo; y como estaba casi muerto de hambre, pues no había probado bocado en muchas horas antes de dejar el buque, sentí con tal rigor las demandas de la Naturaleza que no pude dejar de mostrar mi impaciencia —quizá contraviniendo las estrictas reglas del buen tono— llevándome el dedo repetidamente a la boca para dar a entender que necesitaba alimento. El hurgo —así llaman ellos a los grandes señores, según supe después— me comprendió muy bien. Bajó del tablado y ordenó que se apoyaran en mis costados varias escaleras; más de un centenar de habitantes subieron por ellas y caminaron hacia mi boca cargados con cestas llenas de carne, que habían sido dispuestas y enviadas allí por orden del rey ante la primera seña que hice. Observé que era la carne de varios animales, pero no pude distinguir su sabor. Había piernas y lomos formados como los de carnero y muy bien sazonados, pero más pequeños que alas de calandria. Yo me comía dos o tres de cada bocado y me tomé de una vez tres panecillos aproximadamente del tamaño de balas de fusil. Me abastecían como podían, dando mil muestras de asombro y maravilla por mi corpulencia y mi apetito. Hice luego seña de que me dieran de beber. Por mi modo de comer, juzgaron que no me bastaría con una pequeña cantidad, y como era gente ingeniosísima, pusieron en pie con gran destreza uno de sus mayores barriles y después lo rodaron hacia mi mano y le arrancaron la parte superior; me lo bebí de un trago.

Me llevaron un segundo barril, que bebí de la misma manera e hice señas pidiendo más; pero no había ya ninguno que darme. Luego dieron gritos de alborozo y bailaron sobre mi pecho, repitiendo varias veces, como al principio hicieron: «Hekinah degul». Me dieron a entender que echara abajo los dos barriles, después de haber avisado a la gente que se quitara de en medio gritándole: «Borach mivola»; y cuando vieron en el aire los toneles estalló un grito general de «Hekinah de gul». Confieso que, a menudo, estuve tentado, cuando andaban paseando por mi cuerpo arriba y abajo, de agarrar a los primeros cuarenta o cincuenta al alcance de la mano y estrellarlos contra el suelo; pero el recuerdo de lo que había tenido que sufrir y que, probablemente no era lo peor que lo que de ellos se podía temer, y la promesa que por mi honor les había hecho —pues así interpretaba yo mismo mi sumisa conducta—, disiparon pronto esas ideas. Además, ya entonces me consideraba obligado por las leyes de la hospitalidad a gente que me había tratado con tal esplendidez y magnificencia. No obstante, para mis adentros no acababa de maravillarme de la intrepidez de estos diminutos mortales que osaban subirse y pasearse por mi cuerpo teniendo yo una mano libre, sin temblar a la vista de una criatura tan desmesurada como yo debía de parecerles a ellos. Después de algún tiempo, cuando observaron que ya no pedía más de comer, se presentó ante mí una persona de alto rango en nombre de Su Majestad Imperial. Su Excelencia, que

había subido por la tibia de mi pierna derecha, se me adelantó hasta la cara con una docena de su comitiva, y sacando sus credenciales con el sello real, que me acercó a los ojos, habló durante diez minutos sin señales de enfado, pero con tono de firme resolución. Frecuentemente, apuntaba hacia adelante, o sea, según luego supe, hacia la capital, donde Su Majestad, en consejo, había decidido que se me condujera. Contesté con algunas palabras, que de nada sirvieron, y con la mano desatada hice seña indicando la otra —claro que por encima de la cabeza de Su Excelencia, ante el temor de hacerle daño a él o a su séquito—, y luego la cabeza y el cuerpo, para dar a entender que deseaba la libertad. Parece que él me comprendió bien, porque movió la cabeza en desaprobación y colocó la mano en posición que había de llevarme como prisionero. No obstante, añadió otras señas para decir que me daría de comer y beber en cantidad suficiente y un buen trato. Con esto intenté una vez más romper mis ligaduras; pero cuando volví a sentir el escozor de las flechas en la cara y en las manos, que ya tenía llenas de ampollas y sobre las que iban a clavarse nuevos dardos, y también cuando observé que el número de mis enemigos había crecido, hice demostraciones de que podían disponer de mí a placer. Entonces, el hurgo y su acompañamiento se apartaron con mucha cortesía y placentero continente. Poco después oí una gritería general, que repetían frecuentemente las palabras «Peplom Selan», y noté que a mi izquierda

numerosos grupos aflojaban los cordeles, a tal punto que pude volverme hacia la derecha. Antes, me habían untado la cara y las dos manos con una especie de unguento de olor muy agradable y que, en pocos minutos, me quitó por completo el escozor causado por las flechas. Estas circunstancias, unidas a la saciedad por las viandas y la bebida, me predispusieron al sueño. Dormí unas ocho horas, según me aseguraron después, y no es de extrañar, porque los médicos, por orden del emperador, habían echado una poción narcótica en los toneles de vino. A lo que parece, en el mismo momento en que me encontraron durmiendo en el suelo, después de haber llegado a tierra, se había enviado rápidamente una noticia al emperador, y éste determinó en consejo que yo fuera atado en el modo que he referido —lo que fue realizado por la noche, mientras yo dormía—, que se me enviara carne y bebida en abundancia y que se preparara una máquina para llevarme a la capital.

Esta resolución quizá parezca temeraria; a mi juicio, era en extremo prudente y generosa. Suponiendo que esta gente se hubiera arrojado a matarme con sus lanzas y sus flechas mientras dormía, yo me hubiera despertado seguramente con la primera sensación de escozor, la cual podía haber excitado mi cólera y mi fuerza hasta el punto de romper los cordeles con que estaba sujeto, después de lo cual, e impotentes ellos para resistir, no hubieran podido esperar merced.

Los naturales son excelentes matemáticos y han llegado a una gran perfección en las artes mecánicas con el amparo y el estímulo del emperador, que es un famoso protector de la ciencia. Este príncipe tiene varias máquinas montadas sobre ruedas para el transporte de árboles y otros grandes pesos. Muchas veces construye buques de guerra, algunos de los cuales tienen hasta nueve pies de largo. Quinientos carpinteros e ingenieros pusieron manos a la obra para disponerla de las máquinas hasta entonces construidas. Consistía en un tablero y que se movía sobre veintidós ruedas. Los gritos que oí eran ocasionados por la llegada de esta máquina, que, según parece, emprendió la marcha cuatro horas después de haber pisado tierra. La colocaron paralela a mí; pero la principal dificultad era alzarme y colocarme en este vehículo. Ochenta vigas, de un pie de alto cada una, fueron erigidas para este fin, y cuerdas muy fuertes, del grueso de bramantes, fueron sujetadas con garfios en numerosas fajas con las que los trabajadores me habían rodeado el cuello, las manos, el cuerpo y las piernas. Novecientos hombres de los más robustos tiraron de estas cuerdas por medio de poleas fijadas en las vigas, y así, en menos de tres horas, fui levantado, puesto sobre la máquina y en ella atado fuertemente. Todo esto me lo contaron, porque mientras se hizo esta operación yo yacía en profundo sueño debido a la fuerza de aquel medicamento soporífero puesto en el vino. Mil quinientos de los mayores caballos del emperador,

altos, de cuatro pulgadas y media, se emplearon para llevarme hacia la metrópolis, que, como ya he dicho, estaba a media milla de distancia.

Hicimos una larga marcha en lo que quedaba del día y descansé por la noche, con quinientos guardias a cada lado, la mitad con antorchas y la otra mitad con arcos y flechas, dispuestos a atacar si se me ocurría moverme. A la mañana, siguiente, al salir el sol seguimos nuestra marcha y hacia el mediodía estábamos a doscientas yardas de las puertas de la ciudad. El emperador y toda su corte nos salieron al encuentro; pero los altos funcionarios no quisieron de ninguna manera consentir que Su Majestad pusiera su persona en peligro al subirse sobre mi cuerpo.

En el sitio donde se paró el carruaje había un templo antiguo, cerrado por profano. Se destinaba desde entonces a usos comunes, y se habían sacado de él todos los ornamentos. En este edificio se había dispuesto que yo me alojara. La gran puerta que daba al norte tenía cuatro pies de alta y cerca de dos de ancha. Así que yo podía deslizarme por ella fácilmente. A cada lado de la puerta había una ventanita, a no más que seis pulgadas del suelo. Por la de la izquierda, el herrero del rey pasó noventa y una cadenas como las que llevan las señoras en Europa para el reloj, y casi tan grandes, las cuales me pusieron en la pierna izquierda, cerradas con treinta y seis candados. Frente a este templo, al otro lado de la gran carretera, a veinte pies de distancia, había una torre

de lo menos cinco pies de alta. A ella subió el emperador con muchos de los principales caballeros de su corte para aprovechar la oportunidad de verme, según me contaron, porque yo no los distinguía a ellos. Se advirtió que más de cien mil habitantes salían de la ciudad con el mismo proyecto y, a pesar de mis guardias, seguramente no fueron menos de diez mil los que en varias veces subieron a mi cuerpo con ayuda de escaleras de mano. Pero pronto se publicó un edicto prohibiéndolo bajo pena de muerte. Cuando los trabajadores creyeron que sería imposible desencadenarme, cortaron todas las cuerdas que me ligaban y, acto seguido, me levanté en el estado más melancólico en que en mi vida había tenido. El ruido y el asombro de la gente al verme levantar y andar no pueden describirse. Las cadenas que me sujetaban la pierna izquierda eran de unas dos yardas de largo, y no sólo me dejaban libertad para andar hacia atrás y hacia adelante en semicírculo, sino que también, como estaban fijas a cuatro pulgadas de la puerta, me permitían entrar por ella deslizándome y tumbarme a lo largo del templo.

Capítulo 2

El emperador de Lilliput, acompañado de gente de la nobleza, acude a ver al autor en su prisión. Se designan hombres de letras para que enseñen el idioma del país al autor. Éste se gana el favor por su condición apacible. Le registran los bolsillos y le quitan la espada y las pistolas.

Ya de pie, miré a mi alrededor y debo confesar que nunca se me ofreció más curiosa perspectiva. La tierra que me rodeaba parecía un jardín, y los campos, cercados, que tenían por regla general cuarenta pies en cuadro cada uno, se asemejaban a otros tantos macizos de flores. A mi izquierda descubrí la población, que parecía una decoración de ciudad de un teatro.

Ya había descendido el emperador de la torre y avanzaba a caballo hacia mí; lo que estuvo a punto de costarle caro, porque la caballería, aunque perfectamente amaestrada, no tenía la costumbre de ver como si se moviera ante ella una montaña, se encabritó; pero el príncipe, que era jinete excelente, se mantuvo en la silla, mientras acudían presurosos sus servidores y tomaban la brida para que pudiera Su Majestad apearse. Cuando se bajó, me inspeccionó con gran admiración; pero guardando distancia del alcance de mi cadena. Ordenó a sus cocineros, ya preparados, que me dieran de comer y

beber. La emperatriz y los jóvenes príncipes, acompañados de muchas damas, estaban a cierta distancia, sentados; pero cuando le ocurrió al emperador el accidente con su caballo descendieron y se acercaron al lado de su augusta persona.

Estaban presentes varios sacerdotes y letrados, a quienes encargó que se dirigieran a mí. Yo les hablé en todos los idiomas de que tenía algún conocimiento, como alemán, latín, francés, español, italiano y lengua franca, pero de nada sirvió. Después de unas dos horas, se retiró la corte y me dejaron con una fuerte guardia, para evitar la impertinencia y probablemente la malignidad de la plebe, y entre la cual no faltó quien tuviera la desvergüenza de dispararme flechas.

Llegada la noche, encontré algo incómoda mi casa, donde tenía que echarme en el suelo, y así seguí un par de semanas; en este tiempo, el emperador ordenó que se hiciera una cama para mí.

La noticia de mi llegada, conforme fue extendiéndose por el reino, atrajo a un número tan grande de personas ricas, desocupadas y curiosas, que las poblaciones quedaron casi vacías; y se habría llegado a un gran descuido en la labranza y en los asuntos domésticos si Su Majestad Imperial no hubiera decretado edictos y acuerdos de gobierno contra esa dificultad. Dispuso que los que ya me hubieran visto volvieran a sus casas y que nadie se acercara a la mía sin permiso de la corte.

En tanto, el emperador celebraba frecuentes consejos para discutir qué debería ocurrir conmigo. Asimismo, se ordenó que trescientos sastres me hicieran un traje a la moda del país y que seis de los más eminentes sabios de Su Majestad me instruyeran en su lengua. Todas estas disposiciones fueron debidamente cumplidas y, en tres semanas, hice grandes progresos en el idioma, tiempo en el emperador me honraba frecuentemente con sus visitas. Ya empezábamos a conversar en cierto modo, y las primeras palabras que aprendí fueron para expresar mi deseo de que se me concediera la libertad, lo que todos los días repetía de rodillas. Su respuesta, por lo que pude comprender, era que el tiempo lo traería todo, que no podía pensar en tal cosa sin asistencia de su Consejo, y que antes debía yo «Lumos Kelmin peffo defmar lon Emposo»: esto es, jurar la paz con él y su reino. Además, sería tratado con toda amabilidad y me aconsejaba conquistar, con mi paciencia y mi conducta comedida, el buen concepto de él y de sus súbditos. Me pidió que no tomara a mal que ciertos funcionarios me registraran, porque suponía que llevaba conmigo armas que, por fuerza, serían peligrosísimas si correspondían a mi corpulencia. Accedí y le dije a Su Majestad que estaba dispuesto a desnudarme. Esto lo manifesté, parte de palabra, parte por señas. Replicó él que, de acuerdo con las leyes del reino, debían registrarme dos funcionarios; y aunque él sabía que esto no podría hacerse sin mi consentimiento y ayuda, tenía tan buena opinión

de mi generosidad y de mi justicia que confiaba en mis manos a sus funcionarios añadiendo que cualquier cosa que tomaran me sería devuelta cuando saliera del país. Tomé a los funcionarios en mis manos y los puse en los bolsillos de la casaca y luego en todos los demás que el traje tenía, excepto en los dos de la pretina y en un bolsillo secreto que no quise que me registraran y en el que guardaba yo alguna cosilla que a nadie podía interesarle, salvo a mí. En los bolsillos de la pretina, en uno llevaba un reloj de plata y, en el otro, una pequeña cantidad de oro. Aquellos caballeros, provistos de pluma, tinta y papel, hicieron un exacto inventario de cuanto vieron. El emperador, cuando tuvo ese inventario, me ordenó en términos muy amables que entregara los distintos objetos que en él se mencionaban.

Capítulo 3

El autor divierte al emperador y a su nobleza de modo extraordinario. Descripción de las diversiones de la corte de Lilliput. El autor obtiene su libertad bajo ciertas condiciones.

Mi dulzura y buen comportamiento habían influido tanto en el emperador y su corte, y sin duda en el ejército y el pueblo en general, que empecé a concebir esperanzas de lograr mi libertad en un breve plazo. Gradualmente, los habitantes dejaron de temer de mí. A veces me tumbaba y dejaba que cinco o seis bailaran en mi mano y, por último, los chicos y las chicas se arriesgaron a jugar al escondite entre mi cabello. A la sazón había progresado bastante en el conocimiento y habla de su lengua. Un día quiso el rey obsequiarme presenciar algunos espectáculos del país, en los cuales, por la destreza y magnificencia, aventajan a todas las naciones que conozco. Ninguno me divirtió tanto como el de los equilibristas, ejecutado sobre un finísimo hilo blanco en los aires.

Estas distracciones van a menudo acompañadas de accidentes funestos, muchos de los cuales dejan memoria. Yo mismo vi romperse miembros a dos o tres candidatos. Pero el peligro es mucho mayor cuando se ordena a los ministros que muestren su destreza, pues en la pugna por excederse a sí mismos y exceder a sus com-

pañeros llevan su esfuerzo a tal punto que no hay alguno que no haya tenido una caída y varios han tenido dos o tres. Me aseguraron que un año antes, un habitante se habría desnucado infaliblemente si uno de los cojines del rey, que casualmente estaba en el suelo, no hubiera amortiguado la fuerza de su caída.

Los caballos del ejército y los de las caballerizas reales, como los habían llevado ante mí diariamente, ya no se espantaban y podían llegar hasta mis pies sin alebrestarse. Los jinetes los hacían saltar mi mano cuando yo la ponía en el suelo, y uno de los monteros del emperador sobre un corcel saltó mi pie con zapato y fue, a no dudar, un formidable salto.

Dos o tres días antes de que me pusieran en libertad, llegó un correo a informar a Su Majestad que un súbdito suyo, paseando a caballo cerca del sitio donde me habían hallado por primera vez, había visto en el suelo un objeto negro, grande, de forma muy extraña, que alcanzaba por los bordes la extensión del dormitorio de Su Majestad y se levantaba por el centro a la altura de un hombre, y que no era criatura viva, como al principio sospecharon, porque yacía sobre la hierba, sin movimiento. Algunos habían dado la vuelta a su alrededor blanco varias veces; y subiéndose unos en los hombros de otros habían alcanzado a la parte de arriba, y golpeando en ella, descubierto que estaba hueca; con todos los respetos, habían pensado que podía ser algo perteneciente a mí, y si Su Majestad lo mandaba esta-

ban dispuestos a llevarlo con sólo cinco caballos. Entonces, me di cuenta de lo que querían decir y me alegré al recibir la noticia. Según parece, al llegar a la playa después del naufragio, me encontraba en tal estado de confusión que antes de ir al sitio donde me quedé dormido, mi sombrero, que se había mantenido puesto todo el tiempo que nadé se me cayó; el cordón, supongo, se rompería por cualquier accidente que yo no advertí. Yo creía que el sombrero se había perdido en el mar. Supliqué a Su Majestad que diera órdenes para que me lo llevaran lo antes posible, al tiempo que le expliqué su empleo, y al siguiente día, los acarreadores llegaron con él.

Dos días después de esta aventura, el emperador, que había ordenado que estuvieran listas las tropas de su ejército en la metrópoli y las cercanías, tuvo la ocurrencia de divertirse de una manera muy singular: hizo que yo me estuviera, como un coloso, en pie y con las piernas tan abiertas como pudiera, y luego mandó a su general —que era un adalid de larga experiencia y gran amigo mío— disponer sus tropas y hacerlas pasar por debajo de mí, los infantes de a veinticuatro en línea y la caballería de a dieciséis, a tambor batiente, con banderas desplegadas y con lanzas. Este cuerpo se componía de tres mil infantes y mil caballos.

Había enviado tantos memoriales y tantas solicitudes en demanda de libertad, que Su Majestad, por fin, llevó el asunto primero al Gabinete y luego al Consejo pleno, donde nadie se opuso, excepto Skyresh Bolgolam,

quien se complacía, sin que yo le diera motivo alguno, en ser mi mortal enemigo. Pero fue aprobado, en contra de su voluntad, por toda la Junta y confirmado por el emperador. Ese ministro a que me refiero era Galbet, o sea, el almirante del reino, persona muy de la confianza de su señor y muy versada en los asuntos, pero de temperamento rudo y agrio. Sin embargo, lo persuadieron al fin para que consintiera, pero concediéndole que los artículos y condiciones bajo los cuales se me pusiera en libertad, y que yo debía jurar, fuera él mismo quien los redactara. Una vez que fueron leídos estos artículos, me pidieron que jurara su cumplimiento, primero a la usanza de mi propio país y luego según el procedimiento descrito por sus leyes, que consistió en sostenerme en alto el pie derecho con la mano izquierda, al tiempo que me colocaba el dedo medio de la mano derecha en la coronilla y el pulgar en la punta de la oreja derecha.

En el último artículo, dictado para el recobro de mi libertad, estipulaba el emperador que me fuera suministrada cierta cantidad de comida y bebida para el mantenimiento de 1724 lilliputienses. Pregunté, tiempo después, a un amigo de la corte cómo se les ocurrió fijar ese número y me contestó que los matemáticos de Su Majestad, habiendo tomado la altura de mi cuerpo por medio de un cuadrante, y visto que excedía a los suyos en la proporción de doce a uno, dedujeron, tomando sus cuerpos como base, que el mío debía contener, por lo menos, mil setecientos veinticuatro de los suyos, y, por

consiguiente, necesitaba tanta comida para alimentar ese número de lilliputienses. Por donde puede el lector formarse una idea del ingenio de aquel pueblo, así como de la prudente y exacta economía de tan gran príncipe.

Capítulo 4

Descripción de Mildendo, metrópoli de Lilliput, con el palacio del emperador. Conversación entre el autor y un secretario principal acerca de los asuntos de aquel imperio. El ofrecimiento del autor para servir al emperador en sus guerras.

Lo primero que pedí después de obtener la libertad fue que me concedieran licencia para visitar a Mildendo, la metrópoli, lo cual el emperador me concedió fácilmente, pero con el encargo especial de no causar daño a los habitantes ni a las casas. Se notificó a la población mi propósito de visitar la ciudad. Pasé por encima de la gran Puerta del Oeste, y, muy suavemente y de lado, anduve por las dos calles principales, sólo con chaleco, por miedo de estropear los tejados de las casas con mi casaca. Caminaba con el mayor tiento para no pisar a cualquier extraviado que hubiera podido quedar por las calles, aunque había órdenes rigurosas de que todo el mundo permaneciera en sus casas, ateniéndose los desobedientes a los riesgos. Las azoteas y los tejados estaban tan atestados de espectadores, de tal modo que pensé no haber visto en todos mis viajes lugar más populoso. La ciudad era un cuadrado exacto y cada lado de la muralla medía quinientos pies de longitud. Las demás vías, en

donde no pude entrar y sólo vi de paso, tenían de doce a dieciocho pulgadas.

El palacio del emperador está en el centro de la ciudad, lo rodea un muro de dos pies de altura, a veinte pies de distancia de los edificios. Obtuve permiso de Su Majestad para pasar por encima de este muro y, como el espacio entre él y el palacio es muy ancho, pude inspeccionar éste por todas partes. El emperador estaba muy deseoso de que yo viera la magnificencia de su palacio; pero no pude hacer tal cosa hasta después de haber dedicado tres días a cortar con mi navaja algunos de los mayores árboles del parque real. Con estos árboles hice dos banquillos lo bastante fuertes para soportar mi peso. Advertida la población por segunda vez, volví a atravesar la ciudad hasta el palacio con mis dos bancos en la mano. Cuando estuve en el patio exterior, me puse de pie sobre un banquillo, y sosteniendo el otro lo alcé por encima del tejado y lo dejé suavemente en el segundo patio. Pasé, entonces, muy cómodamente por encima del edificio desde un banquillo a otro y levanté el primero tras de mí con una varilla en forma de gancho. Con esta traza llegué al patio interior, y acostándome de lado acerqué la cara a las ventanas de los pisos centrales que estaban abiertas y descubrí las más espléndidas habitaciones que uno no podría imaginarse. Allí vi a la emperatriz y a la princesa en sus alojamientos, rodeadas de sus principales servidores. Su Majestad

Imperial se dignó a dirigirme una graciosa sonrisa y, por la ventana, me dio su mano a besar.

Pero no quiero anticipar al lector con descripciones de esta naturaleza porque las reservo para un trabajo más serio que ya está casi para entrar en prensa y que contiene una descripción general de este imperio desde su fundación, a través de una larga serie de príncipes, con detallada cuenta de sus guerras y su política, sus leyes, cultura y religión, sus plantas y animales, sus costumbres peculiares, más otras materias curiosas.

Una mañana, a los quince días aproximadamente de haber obtenido mi libertad, Reldresal, secretario principal de Asuntos Privados, vino a mi casa acompañado de un servidor. Mandó a su cochero que esperara a cierta distancia y me pidió que le concediera una hora de audiencia, a lo que yo inmediatamente accedí, teniendo en cuenta su categoría y sus méritos personales, así como los buenos oficios que había hecho valer en mis peticiones para la corte. Le ofrecí tumbarme para que pudiera hacerse oír más cómodamente, pero él prefirió permitirme que lo tuviera en la mano durante nuestra conversación. Empezó felicitándome por mi libertad, pero añadió que, de no haber sido por el estado de cosas que a la sazón reinaba en la corte, quizá no la hubiera obtenido tan pronto. «Porque —dijo—, por muy floreciente que nuestra situación pueda parecer a los extranjeros, pesan sobre nosotros dos graves males: una violenta facción en el interior y el peligro de que invada nuestro territorio

un poderoso enemigo de fuera. En cuanto a lo primero, desde hace más de setenta lunas hay en este imperio dos partidos contrarios, conocidos por los nombres de Tramecksan y Slamecksan, a causa de los tacones altos y bajos de su calzado que, respectivamente, les sirven de distintivo. Se alega, es verdad, que los tacones altos son más conformes a la antigua constitución; pero, Su Majestad ha decidido hacer uso de tacones bajos solamente en la administración del gobierno; y lo que hace particular a los tacones de Su Majestad Imperial es que miden, al menos, un drurr más bajo que cualesquiera de su corte —el drurr es una medida que vale la decimoquinta parte de una pulgada—. La animosidad entre estos dos partidos ha llegado a tal punto que los pertenecientes a uno no quieren comer ni beber ni hablar con los del otro. Nosotros nos sospechamos que Su Alteza Imperial, el heredero de la corona, se inclina hacia los tacones altos; al menos, vemos claramente que uno de sus tacones es más alto que el otro, lo que le produce cierta cojera al andar. Por si fuera poco, en medio de estas querellas intestinas, nos amenaza con una invasión la isla de Blefuscu, que es el otro gran imperio del universo, casi tan extenso y poderoso como éste de Su Majestad. Lo que hemos oído acerca de que existan otros reinos y estados en el mundo, habitados por criaturas humanas tan grandes como tú, nuestros filósofos lo ponen en duda y se inclinan más bien a creer que caíste de la Luna o de alguna estrella. Por otra parte,

nuestras historias de hace seis mil lunas no mencionan otras regiones que los dos grandes imperios de Lilliput o Blefuscu, grandes potencias que están empeñadas en encarnizada guerra desde hace treinta y seis lunas. Empezó con la siguiente ocasión: todo el mundo reconoce que el modo primitivo de partir huevos para comérselos era cascarlos por el extremo más ancho; pero el abuelo de su actual Majestad, siendo niño, fue a comer un huevo, y, partiéndolo según la vieja costumbre, se cortó un dedo. Inmediatamente su padre, el emperador, publicó un edicto mandando a todos sus súbditos que, bajo penas severísimas, cascaran los huevos por el extremo más estrecho. El pueblo recibió con pesadumbre esta ley, y nuestras historias cuentan que han estallado seis revoluciones por ese motivo, en las cuales un emperador perdió la vida y otro, la corona. Estas conmociones civiles fueron constantemente fomentadas por los monarcas de Blefuscu, y cuando eran sofocadas, los desterrados huían siempre a aquel imperio en busca de refugio. Se ha calculado que, en distintos periodos, once mil personas han preferido la muerte a cascar los huevos por el extremo más estrecho. Se han publicado muchos cientos de grandes volúmenes sobre esta controversia, pero los libros de los ancho extremistas han estado prohibidos mucho tiempo, y todo el partido, incapacitado por la ley para disfrutar empleos. Durante el curso de estos desórdenes, los emperadores de Blefuscu se quejaron frecuentemente por medio de sus embajadores, acusándonos de provo-

car un cisma en la religión por contravenir una doctrina fundamental de nuestro gran profeta Lustrog, contenida en el capítulo cuadragésimocuarto del Blundecral —que es su Corán—. No obstante, esto se tiene por un mero retorcimiento del texto, porque las palabras son éstas: “Que todo creyente verdadero casque los huevos por el extremo conveniente”. Y cuál sea el extremo conveniente, en mi humilde opinión, ha de dejarse a la conciencia de cada quien, o cuando menos a la discreción del más alto magistrado el establecerlo. Luego, los ancho extremistas han encontrado tanto crédito en la corte del emperador de Blefuscu y aquí tanta secreta asistencia de su partido, que entre ambos imperios hay una sangrienta guerra y, en ella, llevamos perdidos cuarenta grandes barcos y un número mucho mayor de embarcaciones más pequeñas, junto con treinta mil de nuestros mejores marinos y soldados; y se sabe que las bajas del enemigo son algo mayores que las nuestras. Pero ahora han equipado una flota numerosa y están precisamente preparando una invasión contra nosotros, y Su Majestad Imperial, poniendo gran confianza en su valor y esfuerzo, me ha ordenado exponerle esta situación».

Rogué al secretario que presentara mis humildes respetos al emperador y le hiciera saber que juzgaba yo no corresponderme, como extranjero que era, intervenir en cuestiones de partidos; pero que estaba dispuesto, aun con riesgo de mi vida, a defender su persona y su estado contra los invasores.

Capítulo 5

El autor evita una invasión con extraordinaria estrategia. Se le confiere un alto título honorífico. Llegan embajadores del emperador de Blefuscu y demandan la paz.

El imperio de Blefuscu es una isla situada al lado noroeste de Lilliput, de donde sólo está separada por un canal. Yo no lo había visto aún, y ante la noticia del intento de invasión, evité presentarme por aquel lado de la costa, para que no me descubriera ninguno de los buques del enemigo. Comunicé a Su Majestad un proyecto que había formado para apresarse completa la flota del enemigo, la cual, por lo que nos aseguraban nuestros exploradores, estaba anclada en el puerto, lista para darse a la vela al primer viento favorable. Consulté a los más experimentados hombres de mar acerca de la profundidad del canal, que sondaban frecuentemente, y me dijeron que, en el centro, durante la marea alta tenía setenta glumgruffs de profundidad, lo que equivale a unos seis pies de medida europea, y el resto de él, cincuenta glumgruffs lo más. Me dirigí hacia la costa noroeste, frente a Blefuscu, y ahí, tumbado detrás de una colina, saqué mi pequeño antejo de bolsillo y descubrí la flota del enemigo anclada, constituida por unos cincuenta buques de guerra y un gran número de transportes. Volví después a

mi casa y di orden —para lo cual tenía autorización— de que me llevaran una gran cantidad del cable más fuerte y de barras de hierro. El cable tenía el grueso del bramante, y las barras la longitud y el tamaño de agujas de tejer. Tripliqué el cable para hacerlo más resistente, y con el mismo fin retorcí juntas tres de las barras de hierro, cuyos extremos doblé en forma de gancho. Cuando fijé cincuenta ganchos a otros tantos cables volví a la costa noroeste y, quitándome la casaca, los zapatos y los calcetines, entré en el mar, con mi chaleco de cuero, como una hora antes de subir la marea. Nadé en el centro unas treinta yardas y llegué a la flota en menos de media hora. El enemigo se aterró de tal modo cuando me vio que saltó de los barcos y nadó a la costa, donde no habría menos de treinta mil almas. Después de pasar un gancho por la proa de cada buque, até juntas todas las cuerdas por su extremo. Mientras yo procedía a esta maniobra, el enemigo me disparó miles de flechas, muchas de las cuales me daban en las manos y en la cara y, además de excesivo escozor, me causaban gran molestia en mi trabajo. Por lo que más temía eran los ojos, que infaliblemente hubiera perdido de no haber guardado un par de lentes, y así, armado, continué tranquilamente mi obra, a pesar de las flechas del enemigo, muchas de las cuales iban a dar contra los cristales de mis lentes, pero sin otro efecto que el de desajustármelos un poco. Una vez que fijé todos los ganchos, tomé el nudo y empecé a tirar; pero no se movía ni un barco, porque todos esta-

ban fuertemente sujetos por las anclas; así que faltaba la parte más dura de mi empresa. Solté la cuerda y, dejando los ganchos fijos a los barcos, corté resueltamente con mi navaja los cables que amarraban las anclas, mientras recibía más de doscientos tiros en la cara y en las manos. Luego tomé el extremo anudado de los cables a que estaban atados los ganchos, y con gran facilidad me llevé cincuenta de los mayores buques de guerra del enemigo.

Los blefuscudianos, que no tenían la menor sospecha de lo que yo me proponía, quedaron al principio confundidos. Me habían visto cortar los cables y pensaban que mi misión era solamente dejar los barcos a merced de las olas o que se embistieran unos contra otros; pero cuando vieron toda la flota echar a andar en orden y a mí tirando delante, lanzaron tal grito de dolor y desesperación que casi es imposible de explicar. Ya fuera de peligro, me detuve para sacarme las flechas que se me habían clavado en las manos y en la cara y me puse unguento del que me habían dado al principio de mi llegada, según he referido anteriormente. Luego me quité los lentes, y aguardando alrededor de una hora a que la marea estuviese algo más baja, llegué salvo al puerto real de Lilliput.

El emperador y toda su corte estaban en la playa esperando el éxito de esta gran aventura. Veían avanzar los barcos formando una extensa media luna; pero no podían distinguirme a mí, que estaba metido hasta el

pecho en el agua. Ya llegaba yo a la mitad del canal y su zozobra no menguaba, porque las aguas me cubrían hasta el cuello. Pensaba el emperador que me había ahogado y que la flota del enemigo se aproximaba en actitud hostil; pero, en breve, se desvanecieron sus temores, porque, disminuyendo la poca profundidad del canal a cada paso que daba yo, pronto estuve a distancia para hacerme oír y alzando el cabo del cable con que estaba atada la flota, grité en voz muy alta: «¡Viva el muy poderoso emperador de Lilliput!». Su Majestad me recibió al llegar a tierra con todos los encomios posibles y me nombró ahí mismo nardac, que es el más alto título honorífico entre ellos.

Su Majestad quería que yo aprovechara alguna otra ocasión para traer a sus puertos el resto de los barcos del enemigo. Y tan desmedida es la ambición de los príncipes que parecía pensar nada menos que en reducir todo el imperio de Blefuscu a una provincia gobernada por un virrey, en aniquilar a los ancho extremistas desterrados y en obligar a la gente a cascar los huevos por el extremo estrecho, con lo cual sería el único monarca del mundo entero. Pero me encargué de disuadirle de su propósito con numerosos argumentos sacados de los principios de la política, así como los de justicia, y protesté porque nunca serviría de instrumento para llevar a la esclavitud a un pueblo libre y valeroso. Y cuando el asunto se discutió en Consejo, la parte más prudente del Ministerio estuvo de mi lado.

Mi rotunda declaración era tan opuesta a los planes y a la política de Su Majestad Imperial, que éste no me perdonó nunca; se refirió a ella de una artificiosa manera en el Consejo, donde, según me dijeron, algunos de los más prudentes parecían —al menos, este alcance podía darse a su silencio— ser de mi opinión; pero otros, que eran mis enemigos secretos, no pudieron contener ciertas expresiones que, por caminos indirectos, llegaron hasta mí. Desde ese momento comenzó una intriga entre Su Majestad y ministros maliciosamente dispuestos en contra mía, intriga que estalló en menos de dos meses y hubiera conducido probablemente a mi total perdición. ¡De tan poco peso son los mayores servicios para los príncipes si se los pone en la balanza frente a una negativa de satisfacer sus pasiones!

A las tres semanas de mi hazaña llegó una solemne embajada de Blefuscu con humildes ofrecimientos de paz, y ésta quedó prontamente concertada, en condiciones muy ventajosas para nuestro emperador, y de las cuales hago gracia a los lectores. Cuando estuvo concluido el tratado, en cuya negociación les auxilié con mis buenos oficios valiéndome del crédito que entonces tenía, o al menos parecía tener, en la corte, Sus Excelencias, a quienes en secreto habían informado de cuanto había procurado en favor suyo, me invitaron a visitar aquel reino en nombre del emperador, su señor, y me pidieron que les diera alguna muestra de mi fuerza colosal, de la

que habían oído tantas maravillas, en lo cual los complací. Pero no quiero molestar al lector con estos detalles.

Cuando hube entretenido algún tiempo a Sus Excelencias, con infinita satisfacción y sorpresa por su parte, les pedí que me hicieran el honor de presentar mis más humildes respetos al emperador, y a cuya real persona tenía resuelto ofrecer mis servicios antes de regresar a mi país. Por consiguiente, la próxima vez que tuve el honor de ver al emperador pedí su real licencia para hacer una visita al monarca blefuscudiano, la cual se dignó a concederme de muy fría manera. Pero no pude adivinar la razón hasta que cierta persona vino a contarme misteriosamente que los ministros habían presentado mi trato con aquellos embajadores como una prueba de poco afecto, culpa de la que puedo asegurar que mi corazón era por completo inocente. Y ésta fue la primera ocasión en que empecé a concebir una idea, aunque imperfecta, de lo que son cortes y ministros.

Es de notar que estos embajadores me hablaron por medio de un intérprete, pues los idiomas de ambos imperios se diferencian entre sí tanto como dos idiomas de Europa, y cada nación se enorgullece de la antigüedad, belleza y energía de su propia lengua y siente un manifiesto desprecio por la de su vecino. No obstante, nuestro emperador, valiéndose de la ventaja que le daba la toma de la flota, les obligó a presentar sus credenciales y pronunciar su discurso en lengua lilliputiense. Debe, sin embargo, reconocerse que a consecuencia de las amplias

relaciones de ambos reinos en el campo del comercio y los negocios, del continuo recibimiento de desterrados, que entre ellos es mutuo, y de la costumbre que hay en cada imperio de enviar al otro a los jóvenes de la nobleza y de las más acaudaladas familias principales para que se afinen viendo mundo y estudiando hombres y costumbres, y hay pocas personas de distinción, así como comerciantes y hombres de mar que viven en las regiones marítimas, que no sepan sostener una conversación en ambas lenguas. Así pude apreciarlo algunas semanas después, cuando ofrecí mis respetos al emperador de Blefuscu; visita que, en medio de las grandes desdichas que me acarreó la maldad de mis enemigos, resultó para mí muy feliz aventura, como referiré en el oportuno lugar.

Cuando firmé los artículos en virtud de los cuales recobré la libertad, había algunos que me disgustaban por demasiado serviles, y a los cuales sólo me podía obligar a someterme una necesidad extrema. Pero siendo ya como era un nardac del más alto rango del imperio, tales oficios se consideraron por bajo de mi dignidad, y el emperador, dicho sea en justicia, jamás me los mencionó.

Capítulo 6

De los habitantes de Lilliput: sus estudios, leyes y costumbres y modo de educar a sus hijos. El método de vida del autor en aquel país. Vindicación que hizo de una gran dama.

Aunque es mi propósito dejar la descripción de este imperio para un tratado particular, me complace, en tanto, obsequiar al curioso lector con algunas nociones generales. De poco menos de seis pulgadas de alto los naturales de estatura media, hay exacta proporción en los demás animales, así como en árboles y plantas. Por ejemplo: los caballos y bueyes más grandes tienen de cuatro a cinco pulgadas de altura; los carneros, pulgada y media, poco más o menos; los gansos, el tamaño de un gorrión aproximadamente. Pero la Naturaleza ha adaptado los ojos de los lilliputienses a todos los objetos propios para su visión; ven con gran exactitud, pero no a gran distancia. Como testimonio de la agudeza de su vista para los objetos cercanos puedo mencionar la diversión que me produjo observar cómo un cocinero pelaba una calandria que no llegaba al tamaño de una mosca corriente, y cómo una niña enhebraba una aguja invisible con una seda invisible.

Solamente diré ahora algo acerca de la cultura, que durante largas épocas ha florecido en aquel pueblo en

todas sus ramas. La manera de escribir es muy particular, pues no escriben ni de izquierda a derecha, como los europeos, ni de derecha a izquierda, como los árabes, ni de arriba abajo, como los chinos, sino oblicuamente, de uno a otro ángulo del papel, como las señoras de Inglaterra.

Entierran sus muertos con la cabeza para abajo, porque tienen la idea de que dentro de once mil lunas todos se levantarán otra vez, y que al cabo de este periodo la Tierra —que ellos juzgan plana— se volverá de arriba abajo, y gracias a este medio, cuando resuciten se encontrarán de pie. Los eruditos confiesan el absurdo de esta doctrina; pero la práctica sigue, en condescendencia con el vulgo.

Hay en este imperio algunas leyes y costumbres muy particulares; y si no fueran tan contrarias a las de mi querido país, me darían ganas de decir algo en justificación. Sólo desearía que se cumplieran. La primera de la que hablaré se refiere a los espías: todos los crímenes contra el Estado se castigan con la mayor severidad; pero si la persona acusada demuestra plenamente su inocencia en el proceso, inmediatamente se da al acusador muerte ignominiosa, y sus bienes sirven para indemnizar cuatro veces a la persona inocente, por la pérdida de tiempo, por el peligro al que estaba expuesta, por las molestias de su prisión y por todos los gastos que haya tenido que hacer para su defensa. Si el fondo no alcanza, es generosamente completado por la Corona. El emperador, asimismo, confiere al interesado alguna pública prueba

de su gracia y se hace por la ciudad la proclamación de su inocencia.

Consideran el fraude como un crimen mayor que el robo y, por consecuencia, rara vez dejan de castigarlo con la muerte, porque sostienen que el cuidado y la vigilancia, practicados con el común entendimiento, pueden preservar de los ladrones los bienes de un hombre, mientras que la honradez no tiene defensa contra una astucia superior; y como es necesario que haya perpetuas relaciones de compra y venta y comercio a crédito, donde se permite y tolera el fraude, o donde no hay leyes para castigarlo, el comerciante más honrado sale siempre perdiendo y el bribón saca la ventaja. Recuerdo que, en una ocasión, intercedía con el rey por un criminal que había perjudicado a su amo al robar gran cantidad de dinero, y con el cual se escapó; y como le dije a Su Majestad, a modo de atenuación, que se trataba sólo de abuso de confianza, el emperador encontró monstruoso que yo presentara como defensa la mayor agravación de su crimen; y la verdad es que al contestarle tuve poco que añadir a la respuesta usual de que las naciones tienen diferentes costumbres, porque confieso que quedé enteramente confundido.

Aunque nosotros, generalmente llamamos al premio y al castigo los pilares sobre los que se sostiene todo gobierno, nunca vi que pusiera en práctica esta máxima nación alguna, a excepción de Lilliput. Quienquiera que pueda probar que ha observado con puntualidad

las leyes de su país durante setenta y tres lunas, tiene derecho a ciertos privilegios, de acuerdo con su calidad y la condición de su vida, unidos a una cantidad de dinero proporcionada, que sale de un fondo afecto a este uso. Asimismo, adquiere el título de *sninall*, o sea legal, que se agrega a su apellido, pero que no pasa a la descendencia.

Al escoger personas para cualquier empleo se mira más la moralidad que las grandes aptitudes; pues dado que el gobierno es necesario para la humanidad, suponen que el entendimiento humano ha de convenir a un oficio u otro, y que la Providencia nunca pudo pretender hacer de la administración de los negocios públicos un misterio que sólo comprendan algunas personas de genio sublime, de las que por excepción nacen tres en una misma época. Piensan, por el contrario, que la verdad, la justicia, la moderación y sus valores semejantes residen en todos los hombres, y que la práctica de estas virtudes, asistidas por la experiencia y una recta intención, capacitan a cualquier hombre para el servicio de su país, salvo aquellos casos en que se requieran de estudios especiales.

Del mismo modo, no creer en una Divina Providencia incapacita a un hombre para desempeñar cargos públicos, porque, dado que los reyes se proclaman a sí mismos diputados de la Providencia, los lilliputienses entienden que no hay nada más absurdo en un príncipe que da empleos a hombres que niegan la autoridad en nombre de la cual ellos se conducen.

Al hablar de éstas y de las siguientes leyes quiero que se entienda que me refiero sólo a las instituciones originales, y no a la escandalosa corrupción en que este pueblo ha caído a causa de la degenerada naturaleza del hombre, pues por lo que toca a esa vergonzosa práctica de obtener altos cargos haciendo volatines, o divisas de favor, ha de saber el lector que fue introducida por el abuelo del emperador hoy reinante, y ha prosperado por el incremento gradual de partidos y facciones.

La ingratitud es un crimen capital, como leemos que lo ha sido en algunos otros países; porque —razonan ellos que aquel que paga con maldad a su bienhechor ha de ser necesariamente un enemigo común del resto de la humanidad— no le ha hecho beneficio ninguno, y, por lo tanto, tal hombre no es para esta vida.

Sus nociones respecto de los deberes de padres e hijos difieren extremadamente de las nuestras. De ningún modo conceden que un niño está obligado a rendir obediencia a su padre por haberlo engendrado, ni a su madre por haberlo traído al mundo, lo cual, teniendo en cuenta las miserias de la vida humana, no es un beneficio en sí mismo ni tampoco fue la intención de sus padres. Por estos y otros parecidos razonamientos, es su opinión que los padres son los últimos a quienes debe confiarse la educación de sus hijos, y, como consecuencia, hay en cada edad establecimientos públicos, adonde todos los padres, con excepción de los aldeanos y los labradores, están obligados a llevar a sus pequeños para

que los críen y eduquen hasta que llegan a la edad de veinte lunas, tiempo en que ya tienen algunos rudimentos de docilidad. Estos seminarios son de varias categorías, acomodadas a las diferentes clases, y para los dos sexos. Tienen profesores hábiles en la educación de niños para la condición de vida conveniente a la alcurnia de sus padres y a la propia capacidad de cada uno, así como a las particulares inclinaciones.

Los establecimientos para niños de familias de posición media, como comerciantes, traficantes y menestrales, funcionan proporcionalmente según el mismo sistema, sólo que los que han de dedicarse a oficio empiezan el aprendizaje a los once años, mientras que las personas de calidad continúan sus ejercicios hasta los quince, que corresponden a los veinticinco entre nosotros, aunque su reclusión se va perdiendo gradualmente en rigor durante los últimos tres años.

En los seminarios para niñas, las de calidad son educadas casi igual que los varones. De este modo, las señoritas sienten tanta vergüenza como los hombres de ser cobardes y melindrosas, y desprecian todo adorno personal que vaya más allá de lo decente y lo limpio; ni tampoco advierten en su educación diferencia ninguna basada en la diferencia de sexo, a no ser que los ejercicios femeninos nunca llegan a ser tan duros, se les instruye en algunas reglas referentes a la vida doméstica, y se les asigna un plan menos amplio de estudios. Es allí una máxima que, entre gentes de calidad, la esposa debe ser siempre

una discreta y agradable compañía, ya que no puede ser siempre joven. Cuando las muchachas llegan a los doce años, que es entre ellos la edad del matrimonio, sus padres o tutores se las llevan a casa con vivas expresiones de gratitud para los profesores, y rara vez sin lágrimas de la señorita y de sus compañeras. En los colegios para hembras de más baja categoría se enseña a las niñas toda clase de trabajos propios de su sexo y de sus varios rangos.

Y ahora quizá pueda interesar al lector curioso que yo le dé alguna cuenta de mis asuntos particulares y de mi modo de vivir en aquel país durante una residencia de nueve meses y trece días. Como tengo habilidad para las artes mecánicas, y como también me forzaba la necesidad, me había hecho una mesa y una silla bastante buenas valiéndome de los mayores árboles del parque real. Se dedicaron doscientas costureras para hacerme camisas y lienzos para la cama y la mesa, todo de la mejor calidad que pudo encontrarse, y, sin embargo, tuvieron que reforzar este tejido con varios dobleces. Las costureras me tomaron medida acostándome en el suelo y una subida en el cuello y otra en media pierna, con una cuerda fuerte, que sostenían extendida, mientras otra medía la longitud de la cuerda con una regla. Luego me midieron el dedo pulgar de la mano derecha, y no necesitaron más; pues, por medio de un cálculo matemático, según el cual dos veces la circunferencia del dedo pulgar es una vez la circunferencia de la muñeca, y así para el cuello y la cintura, y con ayuda de mi camisa vieja,

que extendí en el suelo ante ellas para que les sirviera de patrón, me asentaron las nuevas perfectamente. Del mismo modo se dedicaron trescientos sastres a hacerme ropajes.

Disponía de trescientos cocineros para que me aderezaran los manjares, alojados en pequeñas barracas edificadas alrededor de mi casa, donde vivían con sus familias. Me preparaban dos platos cada uno. Tomaba con la mano a veinte camareros y los colocaba sobre la mesa, y un centenar más me servían en el suelo, unos llevando platos de comida y otros barriles de vino y diferentes licores.

Un día, Su Majestad Imperial, informado de mi método de vida, expresó el deseo de comer conmigo. En consecuencia, vinieron, y yo los coloqué en tronos dispuestos sobre mi mesa, justamente frente a mí, rodeados de su guardia. Flimnap, gran tesorero, asistió de igual modo, en la mano el blanco bastón, insignia de su cargo, y observé que, frecuentemente, me miraba con agrio semblante, lo que hice ademán de no ver. Lejos de ello, comí más que de costumbre, en honor a mi querido país, así como para llenar de admiración a la corte. Tengo mis razones particulares para creer que esta visita de Su Majestad dio a Flimnap ocasión para hacerme malos oficios con su señor. Este ministro había sido siempre mi secreto enemigo, aunque exteriormente me halagaba más de lo que era costumbre en la aspereza de su genio. Pintó al monarca la triste situación de su tesoro: cómo yo

había costado a Su Majestad por encima de millón y medio de sprugs —la mayor moneda de oro de ellos, aproximadamente del tamaño de una lentejuela—, y, en resumidas cuentas, cuán prudente sería en el emperador aprovechar la primera ocasión favorable para deshacerse de mí.

Debo aquí reivindicar la reputación de una distinguida dama que fue víctima inocente a costa mía. El tesorero dijo sentirse celoso de su mujer, por culpa de ciertas malas lenguas que le informaron que había concebido una violenta pasión por mi persona y, durante algún tiempo, cundió por la corte el escándalo de que ella había venido una vez secretamente a mi alojamiento. Declaro solemnemente que esto es una infame invención, sin ningún fundamento, fuera de que su gracia se dignaba a tratarme con todas las inocentes muestras de confianza y amistad. Confieso que venía a menudo a mi casa, pero siempre públicamente y nunca sin tres personas más en el coche, que eran generalmente su hermana, su joven hija y alguna amistad particular; pero lo mismo hacían otras muchas damas de la corte.

No me hubiera detenido tanto en este tema en particular por tratarse de un punto que toca tan cerca a la reputación de una gran señora, para no decir nada de la mía propia, aunque yo tenía entonces el honor de ser nardac, lo que no es el tesorero, pues todo el mundo sabe que sólo es glumlum, título inferior en un grado, como el de marqués lo es al de duque en Inglaterra, aunque eso

no quita para que yo reconozca que él estaba por encima de mí en razón de su cargo. Estos falsos informes, que llegaron después a mi conocimiento por un accidente de que no es oportuno hablar, hicieron que Flimnap, el tesorero, pusiera durante algún tiempo mala cara a su señora, y a mí peor; y aunque al fin se desengañó y se reconcilió con ella, yo perdí todo crédito con él y vi decaer rápidamente mi influencia con el mismo emperador, quien, sin duda, se dejaba llevar demasiado por aquel favorito.



Parte 2

Un viaje a Brobdingnag



Capítulo 1

Descripción de una gran tempestad. Envían la lancha en busca de agua: el autor va en ella para hacer descubrimientos en el país. Lo dejan en la playa; es apresado por uno de los naturales y llevado a casa de un labrador. Su recibimiento ahí, con varios incidentes que le acontecieron. Descripción de los habitantes.

Condenado por mi naturaleza y por mi suerte a una vida activa y sin reposo, dos meses después de mi regreso volví a dejar mi país natal y me embarqué en las Dunas el 20 de junio de 1702, a bordo del *Adventure*, navío mandado por el capitán John Nicholas, de Liverpool, y destinado para Surat. Tuvimos muy buen viento hasta que llegamos al Cabo de Buena Esperanza, donde tomamos tierra; pero habiéndose abierto una vía de agua en el navío, desembarcamos las mercancías e invernamos ahí, pues atacado el capitán por una fiebre intermitente, no pudimos dejar el Cabo hasta fines de marzo. Entonces nos dimos a la vela, y tuvimos buena travesía hasta pasar los estrechos de Madagascar; pero hacia el norte de esta isla, y a cosa de cinco grados sur de latitud, los vientos, que se ha observado que en aquellos mares soplan constantes del noroeste desde principios de diciembre hasta principios de mayo, comenzaron el 9 de

abril a soplar con violencia mucho mayor que de costumbre. Siguieron así por espacio de veinte días, durante los cuales fuimos arrastrados al este de las islas Molucas, según comprobó nuestro capitán por observaciones hechas el 2 de mayo, tiempo en que el viento cesó y vino una calma absoluta, de la que yo me regocijé no poco. Pero el patrón, hombre experimentado en la navegación por aquellos mares, nos previno para que nos dispusiéramos a guardarnos de la tempestad que, en efecto, se desencadenó al día siguiente, pues empezó a formalizarse el viento llamado monzón del sur.

Creyendo que la borrasca pasaría, cargamos la cebadera y nos dispusimos a aferrar el trinquete; pero, en vista del tiempo, cuidamos de sujetar bien las piezas de artillería y aferramos la mesana. Como estábamos muy enmarados, creímos mejor correr el tiempo con mar en popa que no capear o navegar a palo seco. Rizamos el trinquete y lo cazamos. El timón iba a barlovento. El navío se portaba bravamente. Largamos la cargadera de trinquete; pero la vela se rajó y arriamos la percha; y una vez dentro la vela, la desaparejamos de todo su laboreo. La tempestad era horrible; la mar se agitaba inquietante y amenazadora. Se afirmaron los aparejos reales y reforzamos el servicio del timón. No calamamos los masteleros, sino que los dejamos en su lugar, porque el barco corría muy bien con mar en popa y sabíamos que con los masteleros izados el buque no sufría y surcaba el mar sin riesgo. Cuando pasó la tempestad largamos el nuevo

trinquete y nos pusimos a la capa; luego largamos la mesana, la gavia y el velacho. Llevábamos rumbo noroeste con viento sureste. Amuramos a estribor, saltamos las brazas y amantillos de barlovento, cazamos las brazas de sotavento, jalamos de las bolinas y las amarramos; se amuró la mesana y gobernamos a buen viaje en cuanto nos fue posible.

Durante esta tempestad, a la que siguió un fuerte vendaval del oeste, fuimos arrastrados, según mi cálculo, a unas quinientas leguas al este; así, que el marinero más viejo de los que estaban a bordo no podía decir en qué parte del mundo nos hallábamos. Teníamos aún bastantes provisiones, nuestro barco estaba sano de quilla y costados y toda la tripulación gozaba de buena salud; pero sufríamos la más terrible escasez de agua. Creímos mejor seguir el mismo rumbo que no virar más hacia el norte, pues esto podría habernos llevado a las regiones noroeste de la Gran Tartaria y a los mares helados.

El 16 de junio de 1703 un grumete descubrió tierra. El siguiente día vimos de lleno a una gran isla o continente —que no sabíamos cuál de ambas cosas era—, donde había una pequeña lengua de tierra que avanzaba en el mar y una ensenada sin fondo bastante para que entrara un barco de más de cien toneladas. Echamos el ancla a una legua, y nuestro capitán mandó en una lancha a una docena de hombres bien armados con vasijas, por si pudieran encontrar agua. Le pedí licencia para ir con

ellos, a fin de ver el país y hacer algún descubrimiento de serme posible. Al llegar a tierra no hallamos río ni manantial alguno, así como tampoco señal de habitantes. En vista de ello, nuestros hombres recorrieron la playa en varios sentidos para ver si encontraban algo de agua dulce cerca del mar, y yo anduve solo sobre una milla por el otro lado, donde encontré el suelo desnudo y rocoso. Empecé a sentirme cansado, y no divisando nada que despertara mi curiosidad, emprendí despacio el regreso; como tenía a la vista el mar, pude advertir que nuestros hombres habían reembarcado en el bote y remaban desesperadamente hacia el barco. Ya iba a gritarles, aunque de nada hubiera servido, cuando observé que iba tras ellos una criatura enorme corriendo con todas sus fuerzas. Vadeaba con agua poco más que a la rodilla y daba zancadas prodigiosas; pero nuestros hombres le habían tomado media legua de delantera, y como el mar por aquellos contornos estaba lleno de rocas puntiagudas, el monstruo no pudo alcanzar el bote. Esto me lo dijeron más tarde, porque yo no quise quedarme allí para ver el desenlace de la aventura; al contrario, tomé otra vez el camino que antes había llevado y trepé a un escarpado cerro desde donde se descubría alguna perspectiva del terreno. Estaba completamente cultivado; pero lo que primero me sorprendió fue la altura de la hierba, que en los campos que parecían destinarse para heno alcanzaba unos veinte pies de altura.

Fui a dar en una carretera, que a los habitantes les servía sólo de vereda a través de un campo de cebada. Anduve por ella sin ver gran cosa, pues la cosecha estaba próxima. Me costó una hora llegar al final de este campo, que estaba cercado con un seto de lo menos ciento veinte pies de alto; y los árboles eran tan altos que no pude siquiera calcular su altura. Había en la cerca una puerta con cuatro escalones para salvar el desnivel y una piedra que había que trasponer cuando se llegaba al último. Me fue imposible trepar, porque cada escalón era de seis pies de alto, y la piedra última, de más de veinte. Andaba yo buscando por el cercado algún boquete, cuando descubrí en el campo inmediato, avanzando hacia la puerta, a uno de los habitantes, de igual tamaño que el que había visto en el mar persiguiendo nuestro bote. Parecía tan alto como un campanario de mediana altura y avanzaba en cada zancada unas diez yardas por lo que pude apreciar. Sobrecogido de terror y asombro, corrí a esconderme, desde donde lo vi detenerse en lo alto de la escalera y volverse a mirar al campo inmediato, y lo oí llamar con una voz muchísimo más potente que si saliera de una bocina, pero el ruido venía de tan alto, que creí ciertamente que era un trueno. Luego de esto, siete monstruos como él se aproximaron llevando en las manos hoces, cada una del grandor de seis guadañas. Estos hombres no estaban tan bien ataviados como el primero y debían de ser sus criados o trabajadores, porque a algunas palabras de él se dirigieron a segar el campo

en que me hallaba. Me mantenía de ellos a la mayor distancia que podía, aunque para moverme encontraba dificultad extrema.

No obstante, me di traza para ir avanzando hasta que llegué a una parte del campo en que la lluvia y el viento habían doblado la cosecha. Aquí me fue imposible adelantar un paso, pues los tallos estaban de tal modo entretejidos que no podía escurrirme entre ellos, y las aristas de las espigas caídas eran tan fuertes y puntiagudas que a través de las ropas se me clavaban en la carne. Al mismo tiempo, oía a los segadores a no más de cien yardas tras de mí. Por completo desalentado en la lucha y totalmente rendido por la pesadumbre y la desesperación, me acosté deseando encontrar ahí el término de mis días. Lloré por mi viuda desolada y por mis hijos huérfanos de padre; lamenté mi propia locura y terquedad al emprender un segundo viaje contra el consejo de todos mis amigos y parientes. En medio de esta terrible agitación de ánimo, no podía por menos de pensar en Lilliput, cuyos habitantes me miraban como el mayor prodigio que nunca se vio en el mundo, donde yo había podido llevarme de la mano una flota imperial y realizar aquellas otras hazañas que serían recordadas por siempre en las crónicas de aquel imperio y que la posteridad se resistirá a creer, aunque estarían atestiguadas por millones de antecesores. Reflexionaba sobre la mortificación que para mí era ser tan insignificante en esta nación como un simple lilliputiense sería entre no-

sotros; pero ésta pensaba que había de ser la última de mis desdichas, pues si se ha observado en las humanas criaturas que su salvajismo y crueldad están en proporción de su corpulencia, ¿qué podía yo esperar sino ser engullido por el primero de aquellos enormes bárbaros que acertara a atraparme? Indudablemente, los filósofos están en lo cierto cuando nos dicen que nada es grande ni pequeño, sino por comparación. Pudiera cumplir a la suerte que los lilliputienses encontraran alguna nación cuyos pobladores fueran tan diminutos con respecto a ellos como ellos con respecto a nosotros. ¿Y quién sabe si aun esta enorme raza de mortales será igualmente aventajada en alguna distante región del mundo ignorada por nosotros todavía?

Amedrentado y confuso como estaba, no podía por menos de hacerme estas reflexiones cuando uno de los segadores, habiéndose acercado a diez yardas del caballón tras el que yo yacía, me hizo ver que al siguiente paso que diera me aplastaría con el pie o me dividiría en dos pedazos con su hoz. A consecuencia, cuando estaba a punto de moverse, grité todo lo fuerte que el miedo podía hacerme gritar. Entonces la criatura enorme se adelantó un poco y, mirando por bajo y alrededor de sí algún tiempo, me divisó tendido en el suelo, por fin. Me consideró un rato, con la precaución de quien se propone echar mano a una sabandija peligrosa. Por último, se atrevió a alzarme, tomándome por la mitad del cuerpo entre el índice y el pulgar, y me acercó a sus ojos para

poder apreciar mi figura más detalladamente. Adiviné su intención, y mi buena fortuna me dio tanta presencia de ánimo que me resolví a no resistirme lo más mínimo cuando me sostenía en el aire, a unos sesenta pies del suelo, aunque me apretaba muy dolorosamente los costados por temor de que me escurriera de entre sus dedos. Todo lo que me atreví a hacer fue levantar los ojos al cielo, juntar las manos en actitud suplicante y pronunciar algunas palabras en tono humilde y melancólico, adecuado a la situación en que me hallaba, pues temía a cada momento que me estrellara contra el suelo, como es uso entre nosotros cuando queremos dar fin a algún insecto. Pero quiso mi buena estrella que le gustara mi voz y mis movimientos y empezara a mirarme como una curiosidad, muy asombrado de oírme pronunciar palabras articuladas, aunque no pudiera entenderlas. En tanto, no dejaba yo de gemir y verter lágrimas y, volviendo la cabeza hacia los lados, darle a entender como me era posible, cuán cruelmente me dañaba la presión de sus dedos. Pareció que se daba cuenta de lo que quería decirle, porque levantándose un bolsillo de la casaca me colocó suavemente en él e inmediatamente se echó a correr conmigo en busca de su amo, que era un acaudalado labrador y el mismo a quien había visto primero en el campo.

El labrador, quien recibió de su servidor las explicaciones que había pedido sobre mí, tomó una pajita, del tamaño de un bastón aproximadamente, y con ella

me alzó. Me sopló los cabellos hacia los lados, para verme la cara mejor. Llamó a sus criados y les preguntó —por lo que supe después—, que si habían visto alguna vez en los campos bicho que se me pareciera. Luego me dejó blandamente en el suelo, a cuatro pies; pero yo me levanté inmediatamente y empecé a ir y venir despacio, para que aquella gente viera que no tenía intención de escaparme. Ellos se sentaron en círculo a mi alrededor a fin de observar mejor mis movimientos. Yo me quité el sombrero e hice al labrador una inclinación profunda; caí de rodillas, y alzando al cielo las manos y los ojos pronuncié varias palabras todo lo fuerte que pude, y saqué de mis ropas una bolsa de oro, que le ofrecí humildemente. La recibió en la palma de la mano, se la acercó al ojo para ver lo que era y luego la revolvió varias veces con la punta de un alfiler que se había quitado de la solapa, sin lograr nada con ello. Le hice entonces señas de que pusiera la mano en el suelo; tomé la bolsa y luego de abrirla le derramé todo el oro en la palma. Había seis piezas españolas, aparte de veinte o treinta monedas más pequeñas. Lo vi humedecerse la punta del dedo pequeño con la lengua y alzar una de las piezas más grandes y luego otra, pero aparentando ignorar por completo lo que eran. Me hizo señas de que regresara de nuevo las monedas a la bolsa y la bolsa a mis ropas, partido que acabé por tomar después de renovar repetidas veces mi ofrecimiento.

A la sazón debía de estar ya el hacendado convencido de que yo era un ser racional. Me hablaba a menudo; pero el ruido de su voz me lastimaba los oídos, aunque articulaba las palabras bastante bien. Le respondí lo más fuerte que pude en varios idiomas y él, frecuentemente, inclinaba el oído hacia mí; pero todo fue en vano, porque éramos por completo ininteligibles el uno para el otro. Mandó luego a los criados a su trabajo, y sacando su pañuelo del bolsillo lo dobló y lo tendió en su mano izquierda, que puso en el suelo con la palma hacia arriba, al mismo tiempo de que me hacía señas para que me subiera en ella, lo que pude hacer con facilidad, porque no tenía más de un pie de grueso. Entendí que mi único camino era obedecer, y por miedo a caerme me tumbé a la larga sobre el pañuelo, con cuyo sobrante él me envolvió hasta la cabeza para mayor seguridad, y de este modo me llevó a su casa. Una vez allí llamó a su mujer y me mostró a ella, que dio un grito y se echó a correr como las mujeres en Inglaterra hacen ante la presencia de un sapo o de una araña. No obstante, cuando vio mi comportamiento y lo bien que obedecía a las señas que me hacía su marido, se reconcilió conmigo y poco a poco fue prodigándome los más solícitos cuidados.

Eran cerca las doce del día y un criado trajo la comida. Consistía en un plato fuerte de carne —propio de la sencilla condición de un labrador, servido en una fuente de veinticuatro pies de diámetro, poco más o menos—. Formaban la compañía el granjero y su mujer,

tres niños y una anciana abuela. Cuando estuvieron sentados, el granjero me puso a cierta distancia de él, encima de la mesa, que se levantaba treinta pies del suelo. Yo tenía un miedo atroz y me mantenía lo más apartado posible del borde, por temor de caerme. La esposa picó un poco de carne, desmigajó algo de pan y me lo puso enfrente. Le hice una profunda reverencia, saqué mi cuchillo y mi tenedor, y empecé a comer, lo que les causó extremado regocijo. La dueña mandó a su criada por una copita de licor para unos dos galones y me dio de beber; levantó la vasija muy trabajosamente con las dos manos y, del modo más respetuoso, bebí a la salud de la señora, hablando lo más fuerte que pude en inglés, lo que hizo reír a la compañía de tan buena gana, tanto que casi me quedé sordo del ruido. El licor sabía como una especie de sidra ligera y no resultaba desagradable. Después, el dueño me hizo señas de que me acercara a su plato; pero cuando iba andando por la mesa, como tan grande era mi asombro en aquel trance —lo que fácilmente comprenderá y disculpará el indulgente lector—, me tropecé con una corteza de pan y caí de bruces, aunque no me hice gran daño. Me levanté inmediatamente, y advirtiendo en aquella buena gente muestras de gran pesadumbre, tomé mi sombrero —que llevaba debajo del brazo, como exige la buena crianza— y, agitándolo por encima de la cabeza, di tres vivas en demostración de que no había recibido en la caída perjuicio ninguno. Pero cuando avanzaba hacia

mi amo —como le llamaré de aquí en adelante—, su hijo menor, que se sentaba al lado suyo, y que era un travieso chiquillo de unos diez años me tomó por las piernas y me alzó en el aire a tal altura que la carne se me despegó de los huesos; mi amo me arrebató de sus manos y le dio un bofetón en la oreja derecha, con el que hubiera podido derribar un ejército de caballería europea, al mismo tiempo que lo mandó retirarse de la mesa. Temeroso de que el muchacho cobrara venganza, y recordando bien cuán naturalmente dañinos son los niños entre nosotros para los gorriones, los conejos, los gatitos y los perritos, me dejé caer de rodillas y, señalando hacia el muchacho, hice entender a mi amo como pude que deseaba que perdonara a su hijo. Accedió el padre, el chiquillo volvió a sentarse en su puesto y en seguida yo fui hacia él y le besé la mano, que mi amo tomó e hizo que con ella me acariciara suavemente.

En medio de la comida, el gato favorito de mi ama le saltó hacia el regazo. Oía detrás de mí un ruido como si estuvieran trabajando una docena de tejedores de calcetines, y volviendo la cabeza, descubrí que procedía del susurro que, en su contento, hacía aquel animal, que podría ser tres veces mayor que un buey, según el cálculo que hice viéndole la cabeza y una pata, mientras que su dueña le daba de comer y le hacía caricias. El aspecto de fiereza de este animal me descompuso totalmente aunque estaba al otro lado de la mesa, y si bien mi ama lo sostenía temiendo que diera un salto y me apresara

entre sus garras. Pero resultó no haber peligro ninguno, pues el gato no hizo el menor caso de mí después de que mi amo me puso a tres yardas de él; y, como he oído siempre y la experiencia me lo ha confirmado en mis viajes, que huir o demostrar miedo ante un animal feroz es el medio seguro para que nos persiga o nos ataque, resolví en esta peligrosa coyuntura no aparentar cuidado ninguno. Pasé intrépidamente cinco veces o seis ante la cabeza del gato y me puse a media yarda de él, con lo cual retrocedió, como si tuviera más miedo él que yo. Los perros me importaban menos. Entraron tres o cuatro en la habitación, como es común en las casas de labradores; había un mastín del tamaño de cuatro elefantes y un galgo un poco más alto que el mastín, pero no tan corpulento.

Cuando ya casi estaba terminada la comida entró la nodriza con un niño de un año en brazos, el cual me divisó inmediatamente y empezó a gritar —en el modo que todos han oído seguramente y que desde London Bridge hasta Chelsea es la oratoria usual entre los niños—, para que me entregaran a él en calidad de juguete. La madre, llena de amorosa indulgencia, me levantó y me presentó al niño, que en seguida me tomó por la mitad del cuerpo y metió mi cabeza en su boca. Di un rugido tan fuerte que el niño se asustó y me dejó caer, y me hubiera infaliblemente desnucado si la madre no hubiera puesto su delantal para detenerme. Para callar al nene, la nodriza hizo uso de un sonajero que era una

especie de tonel lleno de grandes piedras y sujeto con un cable a la cintura del niño; pero todo fue en vano; así que se vio obligada a emplear el último recurso dándole de mamar. Debo confesar que nada me causó nunca tan mala impresión como ver su pecho monstruoso, que no encuentro con qué comparar para que el lector pueda formarse una idea de su tamaño, forma y color. La veía yo de cerca, pues se había sentado cómodamente para alimentarlo, y yo estaba sobre la mesa. Esto me hacía reflexionar acerca de los lindos cutis de nuestras damas inglesas, que nos parecen a nosotros tan bellas sólo porque son de nuestro mismo tamaño y sus defectos no pueden verse sino con una lente de aumento, aunque por experimentación sabemos que los cutis más suaves y más blancos son ásperos y ordinarios, y de feo color.

Recuerdo que cuando estaba yo en Lilliput me parecían el cutis de aquella gente diminuta el más bello del mundo, y hablando sobre este punto con una persona de estudios de allá, que era íntimo amigo mío, me dijo que mi cara le parecía mucho más blanca y suave cuando me miraba desde el suelo que viéndola más de cerca, cuando lo levantaba en la mano y lo acercaba. Y constato que soy tan pálido como la mayor parte de los individuos de mi país, y que el sol me ha tostado muy poco en mis viajes. Por otra parte, cuando hablábamos de las damas que formaban la corte del emperador, solía decirme que una tenía pecas; la otra, una boca demasiado grande; una tercera, la nariz demasiado larga,

nada de lo cual yo podía distinguir. Reconozco que esta reflexión era bastante obvia, sin embargo, no he querido omitirla porque no quiero que el lector piense que aquellas inmensas criaturas eran feas, pues les debo la justicia de decir que son una raza de gente bien parecida.

Cuando la comida terminó, mi amo volvió con sus trabajadores y, según pude adivinar por su voz y su gesto, encargó muy especialmente a su mujer que tuviera cuidado de mí. Estaba yo muy cansado y con sueño, y advirtiéndolo, mi ama me puso sobre su propio lecho y me cubrió con un pañuelo blanco limpio, que era mayor y más amplio que la vela mayor de un buque de guerra.

Dormí unas dos horas y soñé que estaba en casa con mi mujer y mis hijos, lo que revivió mis pesares cuando desperté y me vi solo en un enorme aposento de doscientos a trescientos pies de ancho y más de doscientos de alto, acostado en una cama de veinte yardas de anchura. Mi ama se había ido a los quehaceres de la casa, dejándome encerrado. La cama estaba a ocho yardas del suelo. En tal situación, treparon dos ratas por la cortina y corrieron por encima del lecho, olfateando de un lado para otro. Una de ellas llegó casi hasta mi cara, lo que me hizo levantarme aterrorizado y sacar mi alfanje para defenderme. Esos horribles animales tuvieron el atrevimiento de acometerme por ambos lados y uno de ellos llegó a echarme al cuello una de sus patas delanteras, pero tuve la buena fortuna de abrirle el vientre antes de que pudiera hacerme daño. Cayó a mis pies, y la otra, al

ver la suerte que había corrido su compañera, emprendió la huida, pero no sin una buena herida en el lomo que pude hacerle cuando escapaba, y que dejó un rastro de sangre. Después de esta hazaña, me puse a pasear lentamente por la cama para recobrar el aliento y la tranquilidad. Aquellos animales eran del tamaño de un mastín grande, pero infinitamente más ligeros y feroces; así que, de haberme quitado el cinto al acostarme, infaliblemente me hubieran despedazado y devorado.

Poco después entró mi ama en la habitación, y viéndome todo lleno de sangre corrió hacia mí y me puso en su mano. Yo señalé a la rata muerta, sonriendo y haciendo otras señas para significar que no estaba herido, lo que la puso extremadamente contenta. Llamó a la criada para que tomara con unas pinzas a la rata muerta y la tirara por la ventana. Después, me puso sobre una mesa, donde yo le enseñé mi alfanje lleno de sangre y, limpiándolo en la vuelta de mi casaca, lo volví a envainar.

Espero que el paciente lector sabrá excusar que me detenga en detalles que, por insignificantes que se antojen a espíritus vulgares de a ras de tierra, pueden ciertamente ayudar a un filósofo a dilatar sus pensamientos y su imaginación y a dedicarlos al beneficio público lo mismo que a la vida privada. Tal es mi intención al ofrecer éstas y otras relaciones de mis viajes por el mundo, en las cuales me he preocupado principalmente de la verdad, dejando aparte adornos de erudición y estilo. Todos los lances de este viaje dejaron tan honda impre-

sión en mi ánimo y están de tal modo presentes en mi memoria, que al trasladarlos al papel no omití una sola circunstancia interesante. Sin embargo, al hacer una escrupulosa revisión, taché varios pasajes de menos momento que figuraban en el primer original por miedo de ser tomado por fastidioso y frívolo.

**Los viajes
de Gulliver**
se terminó de editar en octubre
de 2018 en las oficinas de la Editorial
Universidad de Guadalajara, José
Bonifacio Andrada 2679, Lomas de
Guevara, 44657 Guadalajara, Jalisco

Modesta García Roa
Coordinación editorial

Sofía Reyes
Cuidado editorial

Daniel Zamorano Hernández y Pablo Ontiveros Pimienta
María Alejandra Romero Ibáñez
Diseño y diagramación